

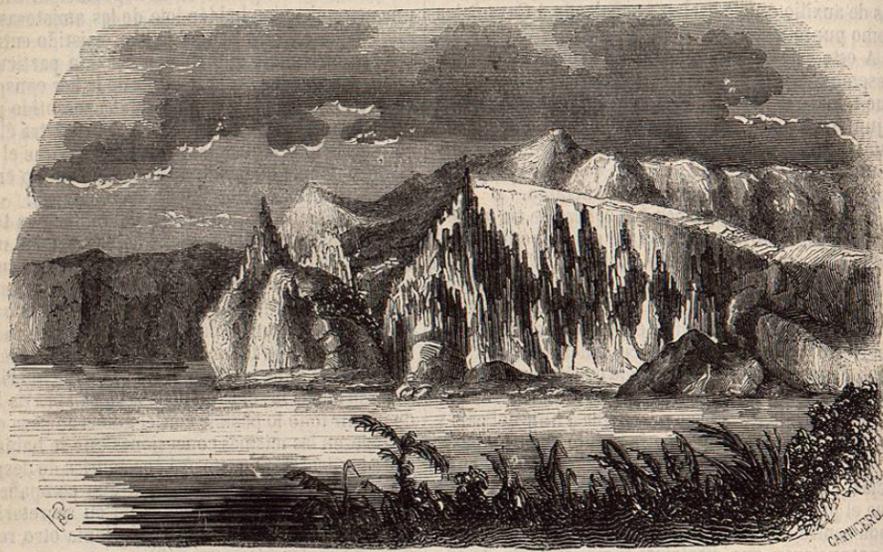
los Andes, y no lejano por otro de las aguas de Titicaca, era un vasto plano muy á propósito para las maniobras militares. Parecía preparado por la naturaleza para campo de batalla.

El ejército de Centeno se componía de unos mil hombres. Su caballería ascendía á cerca de doscientos cincuenta, bien montados y equipados, muchos de ellos personas de ilustre linaje que habían seguido en otro tiempo las banderas de Pizarro, y entre los cuales se hallaban algunas de las mejores lanzas del Perú. El número de sus arcabuceros era menor, pues no escedia de ciento cincuenta no muy bien provistos de municiones; y el resto, esto es, la mayor parte del ejército, se componía de alabarderos, tropas irregulares, reunidas apresuradamente y poco disciplinadas (1).

Este cuerpo de infantería formaba el centro de su

línea, flanqueada por los arcabuceros en dos cuerpos iguales; y la caballería, dividida también en dos cuerpos, cubría las alas derecha é izquierda. Por desgracia, Centeno hacia una semana que estaba atacado de pleuresía, y tan enfermo, que el día anterior se había visto obligado á hacerse dos sangrías. Hallándose por tanto demasiado débil para sostenerse á caballo, se metió en una litera, y luego que hubo visto á su gente formada en buen orden, se retiró á alguna distancia del campo, imposibilitado de tomar parte en la acción. Entre tanto Solano, el guerrero obispo del Cuzco, que con varios de su séquito tomó parte en la refriega (circunstancia muy común entonces), recorrió á caballo las filas con un crucifijo en la mano, dando su bendición á los soldados y exhortándolos á cumplir con su deber.

Las fuerzas de Pizarro no llegaban á la mitad de la



Salinas del Pilluana.

de su rival, pues ascendían solamente á unos cuatrocientos ochenta hombres. Su caballería no pasaba de ochenta y cinco, á los cuales formó en un solo cuerpo á la derecha de la infantería. La fuerza de su ejército consistía en arcabuceros, admirable cuerpo compuesto de trescientos cincuenta hombres mandados y cuidadosamente disciplinados por Carbajal. Considerada la escelencia de sus armas y de su disciplina, este pequeño cuerpo de infantería podía ser mirado como la flor de la milicia del Perú, y Pizarro tenía en él su mayor confianza para el buen éxito de aquella jornada. El resto de su ejército se componía de alabarderos, bien disciplinados, como toda la infantería, y que ocuparon la izquierda de los arcabuceros como para repeler los ataques de la caballería enemiga.

Pizarro se encargó del mando de la caballería, poniéndose, como siempre, en la primera fila. Iba so-

(1) En el cálculo de las fuerzas de Centeno, que varía en las diferentes relaciones desde setecientos á mil doscientos hombres, he tomado el número intermedio de mil, que es el que adopta Zárate, como el mas probable entre ambos extremos.

berbiamente ataviado. Sobre su brillante cota llevaba una túnica de terciopelo acuchillado de hermoso color carmesí; y montaba un arrogante caballo, cuyos lucidos jaeces con el vistoso traje de su ginete hacían del valiente caballero el objeto mas notable del campo.

Su teniente Carbajal iba vestido por diferente estilo. Llevaba una buena armadura, de apariencia común pero fuerte y á prueba; y un acerado casco con la visera también de acero protegió su cabeza contra mas de un desesperado golpe aquel día. Sobre las armas llevaba una camiseta de color verdoso y montaba una jaca vigorosa y fuerte, muy capaz de resistir la fatiga pero sin gracia ni belleza. No hubiera sido fácil distinguir al veterano del mas simple caballero.

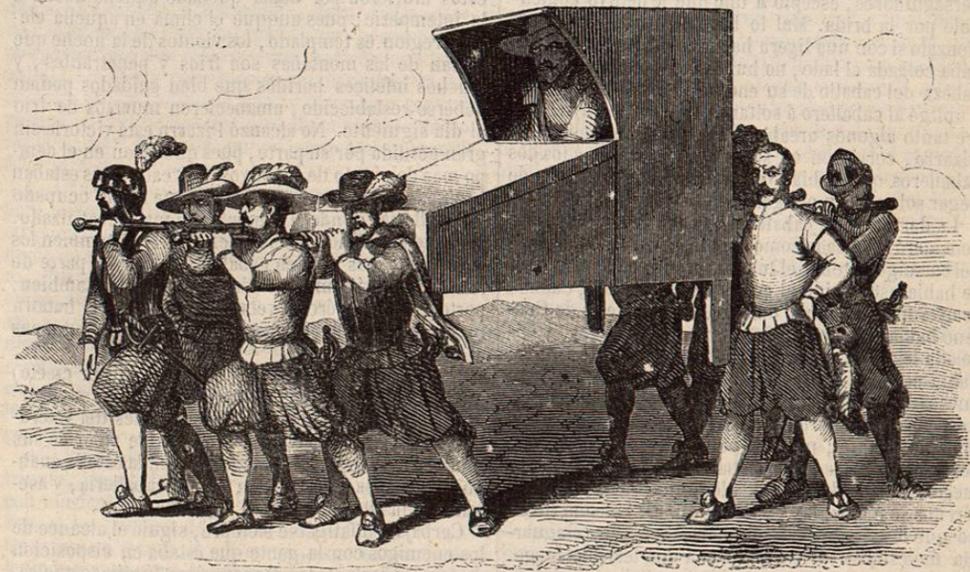
Adelantáronse las dos huestes como á unos seiscientos pasos una de otra y ambas hicieron alto. Carbajal prefirió aguardar el ataque de su enemigo, porque el terreno que ocupaba ofrecía libre espacio al fuego de los arcabuceros, ya que no podían interceptarlo allí los árboles y arbustos que se elevaban de distancia en distancia en otros puntos del campo. Tenía además un motivo especial para conservar aquella posición. Cada uno de sus soldados iba cargado con dos ó tres arcabuces de los abandonados por los desertores. Esta

provisión extraordinaria de armas, aunque era un grave impedimento para la marcha, proporcionaba gran ventaja para aguardar un ataque á pie firme, pues por los conocimientos imperfectos que en aquella época se tenían acerca de las armas de fuego, así como por la mala construcción de estas, se tardaba mucho tiempo en cargarlas (1).

Hizo, pues, alto Carbajal, prefiriendo que el enemigo comenzase el ataque, y este despues de un corto respiro continuó su marcha adelantándose unos cien pasos mas. Viendo Carbajal que volvía á hacer alto en su nueva posición destacó unos cuantos hombres para escaramucear de frente con el objeto de provocarle al combate; pero los de Centeno hicieron lo mismo y se cambiaron algunos tiros con poca pérdida por ambas partes. El veterano viendo frustrada su manobra mandó á su gente que se adelantase unos cuantos pasos esperando todavía provocar á su adversario á que le diese una carga. Esta estratagema tuvo buen

éxito: «Estamos deshonrándonos,» gritaron los de Centeno, que por un sentimiento bastardo de pundonor creían que era deshonra aguardar el ataque. Su jefe estaba ausente y ellos á lemas se sentían escitados por los gritos de un frenético fraile llamado Domingo Ruiz, que creyendo tener ya en su poder á los filisteos, exclamaba: «¡A las manos, á las manos, á ellos, á ellos!» (2) No se necesitó mas para que aquella gente se adelantase en tumultuosa confusión: los alabarderos llevando sus armas enristradas con tanta negligencia que se chocaban unas con otras y en algunos casos herían á sus mismos camaradas, y los arcabuceros haciendo fuego desordenadamente conforme avanzaban, fuego que por la distancia y la rapidez del movimiento no produjo efecto alguno.

Satisfecho Carbajal de ver cómo los enemigos gastaban inútilmente sus municiones, mandó descargar unos pocos arcabuces para estimularlos mas, pero al



Centeno en la litera.

mismo tiempo ordenó que su infantería se mantuviese sin hacer fuego hasta que cada tiro pudiera tener efecto seguro. Luego, conociendo la tendencia de los tiradores á apuntar derechos al blanco, encargó á su gente que apuntasen á los cinturones ó todavía un poco mas abajo; añadiendo que un tiro bajo podía aun causar daño, mientras el que pasaba á distancia de un caballo sobre la cabeza era perdido (3).

La infantería de Carbajal se mantuvo, pues, serena é inmóvil, mientras los de Centeno se adelantaban rápidamente; hasta que habiendo llegado á unos cien pasos, Carbajal dió la orden de hacer fuego. Oyóse un estampido instantáneo en toda la línea, y una lluvia de balas descargó su furia sobre la gente de Cen-

teno con tanto acierto, que mas de ciento cayeron muertos en el campo quedando todavía heridos un número mayor. Antes de que pudieran recobrase de su sorpresa y ordenar de nuevo sus filas, levantaron del suelo los de Carbajal las restantes armas que tenían cargadas y las descargaron con terrible efecto sobre los grupos mas apiñados. La confusión de los de Centeno fue entonces completa. No pudiendo resistir la lluvia de balas que caía sobre ellos, se llenaron de un terror pánico y huyeron del campo sin hacer la menor tentativa para continuar el combate.

La caballería luchaba sin embargo con éxito muy diferente. Gonzalo Pizarro había situado sus tropas un poco á retaguardia de la derecha de Carbajal á fin de dar á este mas libre campo para que jugasen sus arcabuces. Cuando la caballería enemiga salió al galope contra él, Pizarro queriendo todavía favorecer el fuego de Carbajal, cuyos arcabuceros causaban además alguna pérdida á los caballos enemigos, se adelantó solamente unas cuantas varas para recibir la carga. El escuadrón de Centeno se dirigió á él á toda carrera, y no obstante el daño que le causaba la arcabuceria enemiga, cayó sobre los de Pizarro con tal furia, que los arrolló haciendo morder el polvo á

(1) Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

El padre del historiador, del mismo nombre que este, fue uno de los pocos nobles que permanecieron fieles á Pizarro en el ocaso de su fortuna. Hallóse presente en la batalla de Huarina, y los pormenores que dió á su hijo poen á este en el caso de suprir muchas faltas que se encuentran en las relaciones de los demas historiadores.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo LXXIX.

(3) Garcilaso, Com. Real, ubi supra.

hombres y caballos, y atropellándolos, dice un historiador, como si fueran un rebaño de ovejas (1). Estos recobrándose con gran dificultad del primer golpe trataron de ordenar sus filas y pelear con mas ventaja.

Pero Pizarro no pudo volver á ganar el terreno que habia perdido, y su caballería fue derrotada por todas partes. Hubo muchos muertos y heridos por ambos lados, y el campo quedó cubierto de cadáveres de hombres y caballos. La pérdida de los de Pizarro fue mucho mayor, y casi todos los que escaparon con vida se vieron obligados á rendirse prisioneros. Cepeda, que peleaba con la furia de la desesperacion, recibió un sablazo en la cara que le obligó á ceder el campo (2). Pizarro, despues de haber visto caer al lado suyo á sus mejores y mas valientes caballeros, se encontró rodeado de tres ó cuatro enemigos. Desembarazándose de ellos puso espuelas á su caballo, y el noble animal, aunque desangrándose por una grave herida en las ancas, dejó en breve atrás á todos sus perseguidores, excepto á uno que le detuvo cogiéndole por la brida. Mal lo hubiera pasado entonces Gonzalo si con una ligera hacha de combate, que llevaba colgada al lado, no hubiera dado tal golpe en la cabeza del caballo de su enemigo, que le hizo caer, y obligó al caballero á soltar la rienda del suyo. Entre tanto algunos arcabuceros, viendo el peligro de Pizarro, corrieron en su auxilio, mataron á los dos caballeros que habian quedado atrás y acababan de llegar sobre él, y obligaron á los demás á huir (3).

La derrota de la caballería fue completa, y Pizarro consideró la jornada como perdida al oír las trompetas del enemigo entonar el toque de victoria. Pero apenas se habia estinguido el eco de estos sonidos, tambien se oyeron en el campo opuesto. La infantería de Centeno habia sido derrotada, como hemos visto, y arrojada lejos del campo; su caballería del ala derecha habia cargado sobre la izquierda de Carbajal compuesta de alabarderos y arcabuceros entremezclados. Los caballos salieron á todo escape contra esta formidable falange; pero no pudieron romper aquella densa nube erizada de alabardas sostenidas por las fuertes manos de los soldados que firmes é impertérritos se mantenían en sus puestos, al mismo tiempo que los arcabuceros que formaban á su retaguardia molestaban al enemigo con un terrible fuego. Viendo la brecha impracticable la caballería rodeó en desorden los flancos de la falange y se unió á retaguardia de esta con el victorioso escuadron de Centeno. Reunidos ambos cuerpos intentaron una nueva carga contra la infantería de Carbajal; pero hizo dar media vuelta á su gente y ejecutada la maniobra con la prontitud y disciplina de soldados bien instruidos, la retaguardia quedó convertida en frente, oponiéndose á la carga el mismo bosque de alabardas, mientras el incesante fuego de los arcabucos castigaba la audacia de la caballería, la cual, cansada y completamente desanimada con el mal éxito de sus tentati-

(1) «Los de Diego Centeno, como yuan con la pujañca de vna carrera larga, llevaron á los de Gonçalo Pizarro de encuentro, y los tropellaron como si fueran ovejas, y cayeron cauallos y cauallos.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XIX.

(2) El sablazo que recibió Cepeda, le abrió de arriba abajo la nariz; y la cicatriz que luego le quedó era tan horrible, que hubo de cubrirla con un parche, segun nos dice Garcilasso, que le vió muchas veces en el Cuzco.

(3) Segun muchas autoridades, el caballo de Pizarro no solo quedó herido, sino muerto en el combate, supliendo esta falta su amigo Garcilasso de la Vega, que le hizo subir en el suyo. Este oportuno auxilio dado al rebelde perjudicó despues al generoso caballero, á quien sus enemigos se lo echaron en cara como un crimen. Su hijo, el historiador, niega decididamente el hecho, y parece deseoso de librar á su padre de esta honrosa imputacion, que perjudicó á ambos para sus ulteriores adelantos.

vas, imitó al fin el ejemplo de la infantería, y poseida de un terror pánico abandonó el campo.

Pizarro y unos cuantos caballeros que habian quedado hábiles siguieron el alcance hasta corta distancia, porque tampoco se hallaban en estado ni en número suficiente para continuar por mucho tiempo la persecucion. La victoria fue completa, y el gefe insurgente tomó posesion de las abandonadas tiendas del enemigo, donde halló un inmenso botin en plata (4), y las mesas dispuestas para la comida de las tropas de Centeno luego que volviesen de la batalla. ¡Tanta era la confianza que tenían en su triunfo! La comida sirvió ahora para los vencedores, que tales la suerte de la guerra. La accion fue en efecto decisiva, y Gonzalo Pizarro al recorrer el campo cubierto de cadáveres se santiguó muchas veces exclamando: «¡Jesus, Jesus, qué victoria!»

No menos de trescientos cincuenta de los de Centeno quedaron muertos, y el número de heridos fue mucho mayor, calculándose que mas de ciento de estos murieron por haber quedado aquella noche á la intemperie; pues aunque el clima en aquella elevada region es templado, los vientos de la noche que soplan de las montañas son frios y penetrantes, y muchos infelices heridos que bien cuidados podian haberse restablecido, amanecieron muertos de frio al dia siguiente. No alcanzó Pizarro esta victoria sin gran pérdida por su parte, pues quedaron en el campo mas de ciento de los suyos. Sus cadáveres estaban hacinados en la parte de terreno que habia ocupado la caballería, donde el combate fue mas encarnizado. En aquel estrecho espacio se encontraron tambien los cuerpos de mas de cien caballos, la mayor parte de los cuales, así como sus ginetes, muertos tambien, pertenecian al ejército vencedor. Esta fue la batalla mas cruel que habia ensangrentado hasta entonces el suelo del Perú (5).

La gloria de la jornada (triste gloria por cierto) corresponde casi enteramente á Carbajal y á su bizarra infantería. Las juiciosas disposiciones del veterano y la escelente disciplina é indomable valor de sus soldados recobraron el ascendiente en la batalla cuando esta estaba casi perdida por la caballería, y aseguraron la victoria.

Carbajal, infatigable siempre, siguió el alcance de los enemigos con la gente que estaba en disposicion de acompañarle, y los desgraciados fugitivos que cayeron en sus manos, muchos de los cuales habian sido traidores á la causa de Pizarro, fueron inmediatamente ejecutados. Así su crueldad con los indefensos prisioneros empañó los laureles ganados en el campo, combatiendo contra hombres valientes y armados como él. Centeno, mas afortunado, logró escaparse. Viendo perdida la batalla, salió de su litera, se arrojó sobre un caballo, y no obstante su enfermedad, aguijado por el temor de la triste suerte que le

(4) «El botin, segun Fernandez, no bajó de un millon cuatrocientos mil pesos. «El saco que vuo fue grande: que se dixo ser de mas de vn millon y quatrocientos mil pesos.» (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.) El cálculo es muy exagerado: pero nos hemos ido familiarizando tanto con las doradas maravillas del Perú que, como el lector de las Mil y una Noches, nos hacemos demasiado crédulos para recurrir á la medida comun de las probabilidades.

(5) «La mas sangrienta batalla que vuo en el Perú.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. LXXIX.—Las relaciones de esta batalla son, como de costumbre, discrepantes, y el historiador tiene que conciliar los extremos segun pueda. Pero en lo general hay conformidad en los puntos principales. Todos convienen en considerarla como la mas sangrienta que se ha dado entre españoles en el Perú, y en atribuir á Carbajal el mérito de la victoria. Ademas de Garcilasso y Fernandez, véanse: Pedro Pizarro (este se halló en la accion); Zárate, lib. VIII, cap. III.—Herrera, dec. VIII, libro, IV, cap. II.—Gomara, cap. CLXXXI.—Montesinos, Annales, año de 1547.

esperaba si caia prisionero, logró penetrar en la vecina sierra, donde burló la vigilancia de sus enemigos, y como un ciervo herido y seguido de cerca, se salvó internándose en las fragosidades de los bosques, hasta que por rodeos y casi milagrosamente pudo llegar á Lima. El obispo del Cuzco, que llegó tambien, aunque por distinta parte, no fue menos afortunado en salvarse de las manos de Carbajal, pues como habia sido antes partidario de Pizarro, á juzgar por el poco respeto que generalmente mostraba el veterano á los de su hábito, es probable que no hubiera tenido el menor escrúpulo en sentenciarle á horca como si hubiera sido el mas humilde de los soldados contrarios (1).

Al dia siguiente de la accion Gonzalo Pizarro hizo dar sepultura comun á los cuerpos de los soldados de su bando y del contrario, que aun yacian uno al lado de otro en el mismo sitio donde habian empeñado la mortal contienda. Los caballeros de distincion (porque la nobleza no debia ser olvidada en el sepulcro) fueron trasladados á la iglesia de Huarina, poblacion que dió su nombre á esta batalla, donde se les enteró con la solemnidad correspondiente; pero en tiempos posteriores sus restos fueron trasladados á la catedral de la Paz y colocados en un mausoleo erigido en aquel punto por medio de una suscripcion general; porque pocos eran los que no habian tenido que llorar la pérdida de algun amigo ó pariente en aquella fatal jornada.

El vencedor se aprovechó entonces de su triunfo para enviar destacamentos á Arequipa, La Plata y otras ciudades situadas en aquella parte del país, á fin de levantar fondos y tropas para continuar la guerra. Sus pérdidas quedaron superabundantemente compensadas con el número de los vencidos que se avinieron á servir bajo sus banderas. Despues, reuniendo sus fuerzas dirigió la marcha al Cuzco, cuya capital habia sido en otro tiempo muy adicta á su causa, aunque últimamente se habia manifestado leal á la corona, merced á los esfuerzos de unos pocos realistas.

Allí los habitantes se prepararon para recibirle en triunfo, levantando arcos en las calles y celebrando con músicas su victoria. Pero Pizarro, mas discreto, rehusó los honores de la ovacion, mientras el país estuviese en manos de sus enemigos, y enviando delante la mayor parte de sus tropas, entró en la ciudad á pie escoltado por un corto séquito de amigos y habitantes, y se dirigió á la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en accion de gracias por su victoria. En seguida se retiró á su alojamiento anunciando su intencion de establecer por entonces sus reales en la venerable capital de los Incas (2).

Ya no volvió á pensar Pizarro en su proyecto de retirada á Chile, porque su reciente triunfo habia inflamado su pecho con nuevas esperanzas, y confiaba en que produciría igual efecto en el ánimo vacilante de aquellos cuya fidelidad era combatida por el temor de arruinarse y de que Pizarro no tuviese habilidad para vencer al presidente. Ya, segun él, podian haberse convencido los mas tímidos de que su estrella brillaba todavia esplendente. Así, sin recelar

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Fernandez, Hist. del Perú, ubi supra.—Zárate, lib. VII, cap. III. Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXI—XXII.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XXVII.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. III.

Garcilasso de la Vega, que entonces era un niño, presencié la entrada de Pizarro en el Cuzco. Escribe, pues, por lo que vió, aunque lo hace despues de un intervalo de muchos años. En atencion á la clase de su padre, tenia fácil la entrada en el palacio de Pizarro, y esta parte de su historia merece la consideracion debida no solamente á un contemporáneo, sino á un testigo ocular.

nada para lo futuro resolvió permanecer en el Cuzco y esperar tranquilamente á que una nueva y última batalla decidiese cuál de los dos debía ser dueño del Perú.

CAPITULO III.

Desaliento en el campo de Gasca.—Sus cuarteles de invierno.—Continúa su marcha.—Atraviesa el Apurímac.—Conducta de Pizarro en el Cuzco.—Acampa cerca de la ciudad.—Derrota de Xaquixaguana.

1547—1548.

MIENTRAS ocurrían los sucesos mencionados en el capítulo anterior habia permanecido Gasca en Xauxa esperando nuevas noticias de Centeno, casi seguro de que le participarian la total derrota de los rebeldes. Grande fue por tanto su desaliento al saber el éxito del fatal combate de Huarina y que los realistas se habian dispersado ante la espada de Pizarro, desapareciendo el comandante como una sombra y no sabiéndose absolutamente su paradero (3).

Esta noticia esparció entre los soldados una consternacion proporcionada á su primitiva confianza: ya creian que era temeridad inútil luchar con un hombre al parecer protegido por una especie de magia que le hacia invencible contra los mayores enemigos. El presidente, aunque era grande su desaliento, procuró ocultarlo con cuidado y reanimar el espíritu abatido de los suyos. Decía que por haberse fiado demasiado de sus fuerzas habia castigado el cielo su presuncion; pero que siempre sucedia que la Providencia, cuando determinaba abatir al criminal, le dejaba elevarse á la mayor altura posible para que su caída fuese despues mayor.

Mientras Gasca procuraba de este modo tranquilizar á los supersticiosos y á los tímidos, se aplicó con su acostumbrada energia á reparar los perjuicios que habia hecho á su causa la derrota de Huarina. Envió á Lima un destacamento á las órdenes de Alvarado, para recoger á los realistas que se habian refugiado allí despues de la batalla, sacar los cañones de los buques y trasladarlos al cuartel general. Otro cuerpo de tropas salió en direccion de Guamanga, á sesenta leguas del Cuzco con igual objeto de proteger á los fugitivos y tambien con el de evitar que los cañones del país suministrasen provisiones al ejército insurgente del Cuzco. Despues, como el número de sus tropas era considerablemente mayor que el que podia reunir su adversario, determinó Gasca levantar sin mas dilacion el campo y marchar sobre la capital de los Incas (4).

Saliendo, pues, de Xauxa el 29 de diciembre de 1547, pasó por Guamanga y despues de una marcha mas penosa que de ordinario por la inclemencia del tiempo y el mal estado de los caminos, entró en la provincia de Andaguayas. Era este un país fértil y hermoso y como siguiendo el camino adelante tendria que internarse en una fragosa sierra apenas practicable en tiempo de invierno, resolvió Gasca fijar allí sus reales hasta que mejorase el tiempo; y habiendo caido en-

(3) «Y salió á la ciudad de los Reyes, sin que Carbajal ni alguno de los suyos supiese por donde fué, sino que pareció encantamiento.» Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXII.

(4) Gasca, segun Ordegado, sostuvo su ejército durante su permanencia en Xauxa, con los depósitos de grano que habia en el valle, donde encontró maiz suficiente para el consumo de muchos años. No deja de ser extraño que estos depósitos hubiesen sido por tanto tiempo respetados por los hambrientos conquistadores. «Cuando el señor Presidente Gasca, assó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jauja, estuvo allí siete semanas, á lo que me acuerdo, y se hallaron en depósito maiz de cuatro y de tres y de dos años mas de 15,000 hanegas junto al camino é allí comió la gente.» Ordegado, Rel. seg., MS.